

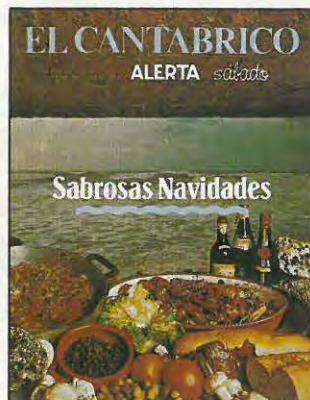
EL CANTABRICO

21 DICIEMBRE 1985 / NUM. 8 / AÑO 1

ALERTA *sábado*

Sabrosas Navidades





EN PORTADA

Sabrosas Navidades. La mesa en estas fechas siempre ha sido un lugar de encuentro, un altar, un rito. ¡Felices Navidades!

4



REPORTAJE

4 *Los retratos de Menéndez Pelayo.*

OPINION

45 *Umberto Eco*

GASTRONOMIA

9 *En estas fechas, la mesa es lugar de reunión inexcusable. EL CANTABRICO lo sabe y aporta ideas para unas sabrosas Navidades.*

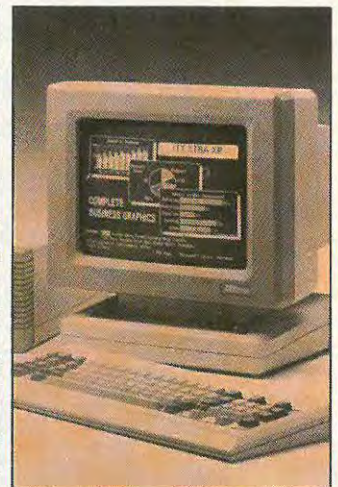
9



21



34



EL CANTABRICO ALERTA sábado

Número 8. Sábado 21 de diciembre de 1985. Año 1. Segunda época.
Este suplemento se vende conjunta e inseparablemente con el periódico

EDITA

Cantábrico de Prensa, S. A. (CANPRESA)
Marcelino Sanz de Sautuola, 12. 39003-Santander
Teléfono: (942) 213500. Apartado de Correos 20

Junta de Fundadores: Presidente, Juan González Bedoya
Consejo de Administración: Presidente, Ciriaco Díaz Porras

Director: Emilio Gómez Vega
Coordinador: Isidro Cicero

Gerente: Manuel Cotera Cotera
Jefe de Publicidad: José María Núñez Aguado

Director Técnico: Horacio Álvarez Navarro
Diseño Artístico: Jesús Hoyos Arribas
Fotografía: Pablo Hojas

ENCICLOPEDIA INFANTIL

21 *Los Picos de Europa.*

INFORMABIT

34 *Conozca el terminal de su ordenador.*

TELE-CANTABRICO

29 *Toda la programación de la semana. Primera Cadena, Segunda Cadena y, además, Tele-Cantabria.*

Los retratos de Menéndez Pelayo

Los retratos de Menéndez Pelayo han servido de justificación a Benito Madariaga para dar unas pinceladas biográficas del gran erudito cántabro. La memoria del autor de «Historia de los heterodoxos» era una cinta sensible a las sensaciones más estrambóticas, capaz de recordar capítulos enteros del «Quijote» o los solicismos de los discursos del señor Romero Robledo.

Benito Madariaga

Los retratos físicos y psicológicos que han llegado a nosotros de Marcelino Menéndez Pelayo provienen de fotografías y pinturas, o han sido sacados de las semblanzas literarias que le hicieron sus contemporáneos.

Menéndez Pelayo estuvo dotado, desde niño, de una personalidad genial. Su principal biógrafo, Sánchez Reyes, nos dice que «a medida que

iba creciendo en años Marcelino llamaba más la atención de sus familiares y amigos por la viveza y el ingenio y por la memoria extraordinaria de que estaba dotado». Gregorio Ma-

Nunca perdió la profundidad de su mirada inteligente

”

rañón lo corrobora de una manera concluyente cuando asegura que «Menéndez y Pelayo no fue un hombre de talento, sino un genio», y añade: «Lo sabía todo como por ciencia infusa, en plena juventud».

Su primer retrato data de 1862, cuando tiene seis años y aparece vestido con traje de zuavo pontificio, como si fuera un símbolo de su posterior defensa de la Iglesia y del Pontificado, que será una constante a lo largo de su vida. En este primer retrato llama ya la atención su mirada, denunciadora de su inteligencia. Ni aun cuando la enfermedad mermó sus facultades, don Marcelino perdió la profundidad de su mirada. Cuando a los nueve años ingresa en el Instituto, se retrata de nuevo de pantalón largo. Perdeda, como luego veremos, dice que «rompió a hablar comen-

tando el «Quijote»», y Faustino Diez Gaviño, compañero de estudios del sabio santanderino, recordaba, años después, cómo leía «El Quijote» cuando estaba terminando sus estudios de primaria, y le vio una vez repetir de memoria diversos capítulos de la obra.

En 1871, a los quince años, cuando acude a estudiar a Barcelona, le vemos ya en la pubertad con pelo corto y sin asomar aún el bozo de la barba, que aparece ya cuando gana la cátedra, a los 22 años, y Bartolomé Maura le hace un grabado. Es entonces un joven de mediana estatura y delgado. La fama ha trascendido ya para entonces de la Universidad al mundo de la política y la investigación literaria. «Clarín», condiscípulo suyo, le escribe en 1876 y le recuerda las muestras de aquella

PASA A LA PAG. 6



Menéndez Pelayo detestaba observar en sus retratos el aire grave que caracterizaba a Salmerón.



El niño (9 años), joven (15 años) y adulto (22 años) Menéndez Pelayo.

Menéndez Pelayo

VIENE DE LA PAG. 4

prodigiosa memoria, con estas palabras: «...y usted, señor Menéndez y Pelayo, es capaz de aprender al pie de la letra todos los discursos del señor Romero Robledo —inclusive el de las trece horas—, con todas sus incoherencias, contradicciones y solecismos. Cuando cualquier condiscípulo quería recordar algún enrevesadísimo nombre de *Rabí Ben Fulano de Tal*, recurría a usted, que tenía todos en la punta de la uña. Aprenderse de corrido un capítulo interminable de la *Historia Crítica de Amador*, con todas sus perifrasis y ampliaciones, era para usted como coser y cantar.»

A mi juicio, su mejor retrato es el óleo que le pinta Luis Madrazo en 1883, a los 27 años. Es el Menéndez Pelayo de la época de la *«Historia de los heterodoxos»*. El aire grave del retrato le haría decir que no le gustaba por parecerse a Salme-

Las irregularidades a la hora de comer y beber le avejentaron muy pronto

”

rón. A los treinta y cuarenta años su rostro no denota todavía los efectos del cansancio y la enfermedad, que se hacen patentes en los últimos retratos que le pintaron Kaulak y Moreno Carbonero.

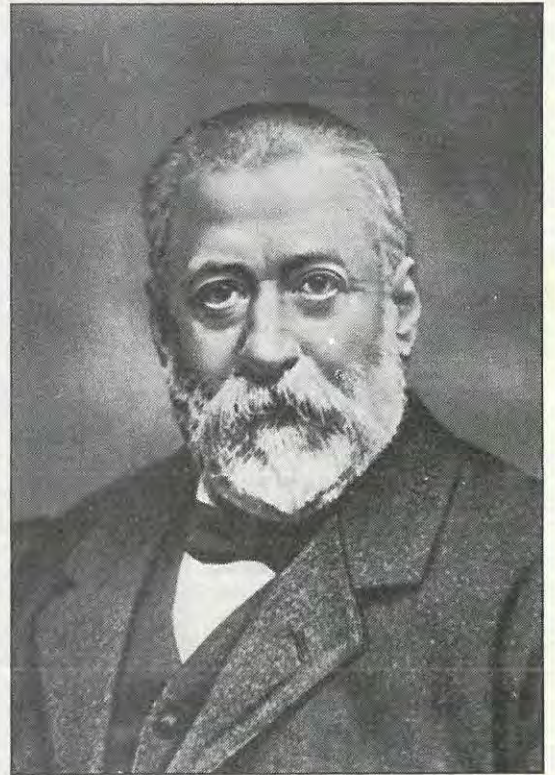
Su cerebro privilegiado nunca pedía descanso

El abandono a que se vio sometido a causa de su soltería y las irregularidades a la hora de comer y beber le avejentaron en poco tiempo. En 1895, cuando sólo tiene 39 años, Unamuno escribe a Pedro Múgica y le transmite la impresión sobre su maestro Menéndez Pelayo, al que ha encontrado «hecho una ruina», en camino de la enfermedad que le ocasionaría la muerte. Ello no le impide su trabajo intelectual, al que se dedica con el mayor entusiasmo. Sus contemporáneos le escriben para hacerle consultas y manifestarle su admiración como uno de los primeros intelectuales del país. En este sentido, debe leerse el *«Epistolario»*, que está publicando la Funda-

ción Universitaria, al cuidado del director de la Biblioteca del polígrafo Manuel Revuelta Sañudo. En los diferentes volúmenes se recogen las cartas de los principales personajes de su tiempo dirigidas a Menéndez Pelayo, que sirven para reconstruir su personalidad y conocer las opiniones que se vertieron sobre él.

En noviembre de 1898, Pereda contesta al escritor Boris de Tannenberg, que le había solicitado datos sobre el sabio santanderino. Pero el autor de *«Sotileza»* no se atreve a dar, de una manera concreta, un juicio biográfico que pueda pasar a la posteridad. Tal vez estimó que la semblanza del amigo no sería nunca objetiva. Así le responde en esta carta inédita:

«Mi querido amigo: todos los de esta casa vimos con sumo gusto su reaparición entre los vivos de nuestro mayor aprecio, y celebramos que la buena fortuna continúe recompensándole sus honradas tareas. Al decirle que todos, me refiero a mi mujer y a mi hija, pues los tres varones andan fuera de casa siguiendo sus estudios y no vuel-

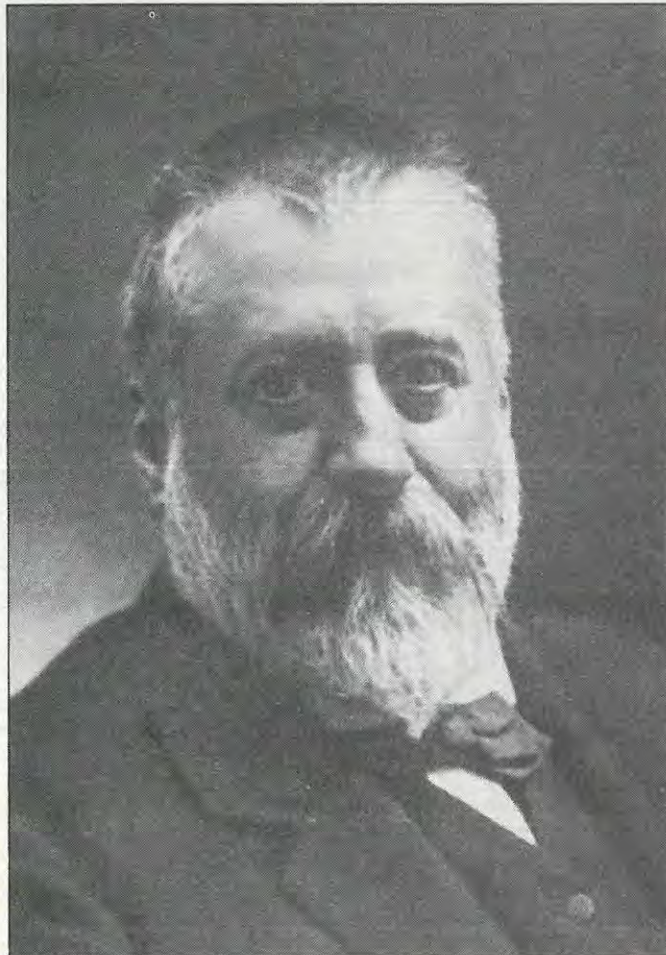


A la izquierda, óleo de Luis Madrazo. En el centro, Menéndez Pelayo a los treinta años. A la derecha, a los 47 años.

ven a ella sino durante las vacaciones de verano.

Mucho me agrada la noticia que usted me da de que su estudio sobre mis obras está a punto de publicarse, y no necesito ponderarle la curiosidad y el interés con que le aguardo. Entretanto, le felicito por el buen éxito alcanzado ahí por su estudio sobre Tamayo.

Veré si puedo enviar a usted algún dato sobre la juventud de Menéndez. Hoy lo considero algo difícil, porque esta maravilla no ha tenido juventud, como tampoco tendrá vejez, en lo que toca a las potencias de su alma y a lo acopiado por ellas, pues yo creo que nació con el acopio hecho y, como Minerva, armado ya de pies a cabeza. Quintanilla dice que tiene no sé qué notas biográficas que ha ido recogiendo impresas, y que las pondrá a disposición de usted. Dudo mucho que le satisfagan en lo que respecta a lo verdaderamente personal de esta existencia sin precedentes, a mi entender, en el género humano. Yo mismo, que tuve la dicha de ser su más íntimo confidente desde que rompió a hablar, comentando el "Quijote", y recibí más tarde las primicias tan



A los cincuenta años.

abrumadoras de sus primeras y grandes obras, no sabría qué decir de él, puesto a decir algo de aquella época de su vida, como no sabría qué decir del sol que aparece sobre las cumbres lejanas y lo invade y lo ilumina y lo descubre todo. Se humilla la mirada ante él con la admiración.

Celebraré que el éxito del trabajo que le dedica, como el que piensa dedicar a Galdós, corresponda a las fuerzas con que los acomete y a la magnitud de los asuntos.

Reciba entre tanto afectuosos recuerdos de esta familia y amigos, y no dude que lo es de usted, cordialísimo y afectísimo. s. s.» José María de Pereda.

Tenía un tesoro de erudición casi espontánea

— Cuando siente próxima la muerte, Menéndez Pelayo abandona Madrid para refugiarse en su querida tierra cantábrica. Su marcha de Madrid, la fría mañana del 8 de di-

Menéndez Pelayo

► ciembre de 1911, es de suma tristeza. Ya nadie se acuerda del maestro enfermo, que pertenece más al pasado que al presente.

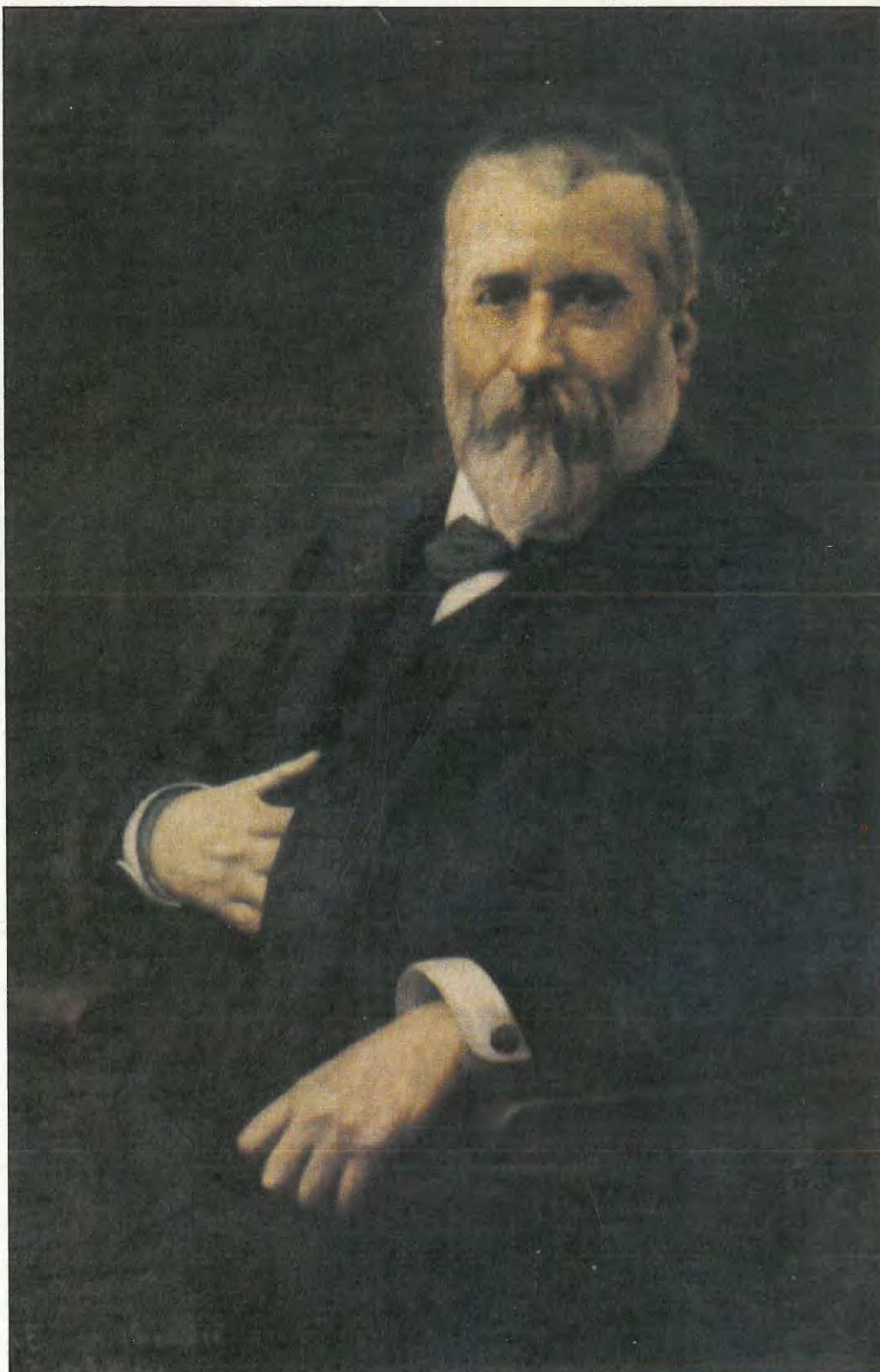
Aun después de muerto, sus discípulos y amigos rememoraban, ya con perspectiva histórica, lo que había significado aquel hombre, del que dijo Menéndez Pidal que, además de ser el primer erudito de España, era también un artista, suprema figura de la crítica estética de su tiempo.

Un hombre no contaminado de la vulgaridad

Sus cualidades humanas de hidalgo montañés las reflejaba en 1936 Arturo Farinelli con estas palabras: «Me encanta recordar la bondad, el candor de aquel hombre no contaminado de la vulgaridad y exento de todo egoísmo. Tenía incorporada en su persona la perfecta hidalguía española, que es virtud del alma, no ornato exterior del hombre».

Quizá, el mejor retrato sea el que le hizo su principal discípulo, un hombre que le conocía bien y mantuvo la antorcha encendida de la investigación histórico-literaria iniciada por el maestro. Pocos días después de su muerte, Menéndez Pidal escribía esta expresiva semblanza.

«Menéndez Pelayo estaba organizado para desarrollar el más intenso trabajo que puede concebirse. Tenía una complejidad fuerte que nunca exigía cuidados, un cerebro que nunca pedía descanso. Uníase a esto una increíble rapidez de percepción. Leía con triple velocidad que la ordinaria y de sus incansables lecturas guardaba, con



Kaulak pintó uno de los últimos retratos de Menéndez Pelayo.

un felicísimo acierto seleccionador, raudales de nociones en su robusta memoria. Así ésta, a su vez, con una seguridad casi infalible, le proporcionaba en todo momento un tesoro de erudición que podíamos llamar es-

pontánea, como no adquirida para el caso. El pensamiento no se detenía en la busca embarazosa del dato; tenía siempre a su disposición los múltiples términos de cada problema determinado, al cual denominaba de

este modo con algo de esa visión divina que tiene todo presente delante de sí».

«De aquí, resulta que su cualidad más saliente era la comprensión altamente sintética de grandes conjuntos.» ■